buen hacer con las que San Josemaría vivió todas las facetas de su vocación sacerdotal.

El trabajo está bien realizado desde el punto de vista histórico, en cuanto a objetivos y metodología y muestra como los trabajos del Instituto Histórico San Josemaría va ayu-

dando a descubrir y fundamentar con buenos trabajos de investigación la vida y la obra del Fundador del Opus Dei, debidamente enmarcados histórica y científicamente.

José Carlos MARTÍN DE LA HOZ

Enrique FAES DÍAZ, *Claudio López Bru, Marqués de Comillas*,
Marcial Pons Historia, Madrid 2009, 413 pp.

Enrique Faes, doctor en ciencias políticas y sociología por la UNED nos ofrece la primera biografía completa, científica y crítica sobre el segundo Marqués de Comillas, personaje que marca una época en España desde el punto de vista del catolicismo social.

El Marqués de Comillas (1853-1925), cuyo proceso de beatificación está abierto, es un personaje singular que ocupa la parte final del siglo XIX, con el primer desarrollo del catolicismo social en España, y los difíciles años del primer tercio del siglo XX. Es decir, la «lucha» entre los dos partidos dinásticos de la Restauración y la lucha por hacerse con el «espacio social» entre el creciente socialismo y el catolicismo impulsado por algunos laicos y religiosos. Los juicios acerca del Marqués no han sido benévolos, aunque todo lo que se han acercado a su figura han destacado sus virtudes humanas aún denostando su paternalismo e inmovilismo en el terreno social.

El libro repasa toda su vida desde el lejano nacimiento en Barcelona –lugar a donde acababan de llegar sus padres procedentes de la isla de Cuba–, hasta su muerte acaecida en Madrid. El uso de archivos y fuentes de primera mano, así como el asesoramiento y la consulta con un buen número de historiadores especialistas en la época y un trabajo de cinco años, en este caso, avalan un producto final digno de tenerse en cuenta. De todas maneras, uno de los mayores logros de

la biografía es su carácter ciertamente aséptico, si se permite la expresión, que permite un acercamiento a la época y a la figura no exenta de simpatía e imparcialidad.

A lo largo del libro, seguimos cronológicamente, la vida del Marqués. Su temprano hacerse con la empresa familiar, heredada de su padre, la *Compañía Trasatlántica*, antes empresa naviera, que formaba parte del *holding* Comillas (Banco Hispano Colonial, Compañía General de Tabacos de Filipinas, Banco de Crédito Mercantil). Lógicamente, el título familiar está ligado al seminario de pobres que en tiempos del segundo marqués daría lugar al celeberrimo seminario de Comillas, en Cantabria. La estrecha relación de la familia con la orden jesuítica es sin duda una de las claves hermenéuticas de interpretación de toda su vida.

El segundo Marqués de Comillas heredó un emporio y junto a él a bastantes amigos y enemigos que irán configurando su personalidad. Entre los amigos destacados el propio rey Alfonso XII. Otros, que ya eran conocidos del Marqués, como Duran i Bas o el poeta Jacinto Verdaguer, Alejandro Pidal y Mon, la familia Ybarra y en general toda la burguesía catalana y de la cornisa vasco-cantábrica. Nada más hacerse cargo de las empresas familiares sus preocupaciones se dirigieron a la formación cristiana de los obreros y al cumplimiento del descanso dominical siguiendo la

senda que habían abierto, años antes, León Harmel en Francia, junto con algunos teóricos como Frédéric Le Play o Charles Perrin. Pero sin abandonar un paternalismo de viejo cuño, no acorde con la renovación que aportará León XIII.

Apoyó decididamente la Peregrinación Obrera de 1894 a Roma, donde se desplazaron, en sus barcos, unos 15.000 obreros para agradecer la *Rerum Novarum*. Estos y otros servicios le auparon a la vicepresidencia de la Junta Central de Acción Católica por un período de más de treinta años. Desde allí, contempló las luchas de la Ley del Candado o la Semana Trágica, a la vez que se multiplicaba en la organización, junto con su esposa, María Gayón, del Congreso Eucarístico de

Madrid (1912). Su capacidad de gestión y su patrocinio dominaron el panorama católico durante el primer tercio del siglo XX haciendo que nada se moviera en este terreno sin su aprobación. No obstante, tuvo entre las filas católicas grandes disidentes como el mismo Severino Aznar o Maximiliano Arboleya o el dominico Gafo (con una reciente biografía reseñada en este mismo número).

El espacio de una reseña es insuficiente para abarcar la multitud de acontecimientos políticos, sociales y religiosos que tuvo que afrontar Claudio López Bru. Solo una lectura atenta de esta interesante biografía puede dar la medida del protagonista y su obra.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra

Roberto FORNASIER, *Jacques Maritain ambasciatore. La Francia, la Santa Sede e i problemi del dopoguerra*, Edizioni Studium, Roma 2010, 285 pp.

En 1945 Jacques Maritain fue escogido personalmente por De Gaulle como embajador francés ante la Santa Sede. Cargo que Maritain aceptó a *malavoglia*, pero que a la larga supuso un momento importante de su vida y de su fecunda carrera académica.

Nos encontramos en unos años cruciales de la historia de Europa con la segunda guerra mundial recién terminada, la reconstrucción de Europa en marcha, las depuraciones y ajustes de cuentas, los éxodos masivos y la lucha política por el control de la nueva Europa. Roberto Fornasier, especialista en política internacional y autor de otros ensayos sobre Maritain, estudia este período de la vida del intelectual francés basándose especialmente en el Archivo del ministerio de Asuntos Exteriores francés (Quai d'Orsay), el archivo del Centro de estudios Jacques y Raissa Maritain (AK) y el *Documents of the Committee to Frame a World Constitution* (DCGWC, Washington DC).

El libro empieza con los prolegómenos de su misión diplomática, es decir, con los años de la Segunda Guerra Mundial que fueron los que propiciaron que De Gaulle se fijara en él. Maritain se encontraba en los Estados Unidos cuando estalló la guerra y allí permaneció hasta el final de la contienda. En ese exilio no cesó de levantar la voz contra el antisemitismo, en apoyo de la resistencia y contra el gobierno de Vichy y, en general, contra los totalitarismos. Allí empezó una relación epistolar que duró dos años con el general De Gaulle. En 1944, De Gaulle le propuso y le instó a aceptar el cargo de embajador ante la Santa Sede, nombramiento que además servía para rehacer las relaciones con la sede apostólica.

Los inicios no fueron fáciles debido al colaboracionismo de algunos representantes eclesiales con el régimen de Vichy. Así, De Gaulle no aceptaba al antiguo nuncio Vale-